

LXV

LAS CUENTAS DEL GRAN CAPITÁN

DISCURSO LEÍDO EN LA CONFERENCIA CONMEMORATIVA DEL  
CENTENARIO DEL GENERAL SAN MARTÍN

1878.

*Doscientos mil setecientos y treinta y seis ducados y nueve reales, en frailes, monjas y pobres, para que rogasen á Dios por la prosperidad de las armas del rey.—Setecientos mil cuatrocientos noventa y cuatro ducados, en espías, etc., etc., etc.—(Cuentas del Gran Capitán Gonzalo de Córdoba.)*

*Entre picos y azadones, cien millones.—(Proverbio sobre las cuentas del Gran Capitán.)*

Ellos (los tesoreros) produjeron sus libros, por los cuales Gonzalo de Córdoba resultaba alcanzado en grandes cantidades; pero él trató aquella demanda con desprecio, y se propuso dar una lección, así á ellos como al rey, de la manera cómo debía tratarse á un conquistador.—(*Quintana.—Vida del Gran Capitán.*)

El rey, al principio condescendió en oír las quejas que ciertos oficiales del tesoro presentaban contra la prodigalidad y derroche con que Gonzalo había manejado los fondos públicos... El rey, avergonzado del papel que estaba haciendo, puso fin al asunto considerándolo como una burla. El proverbio vulgar de las *Cuentas del Gran Capitán*, atestiguan la verdad de esta anécdota.—(*Prescott.—Historia de los Reyes Católicos.*)

Al aceptar el mando, Washington ha declarado que no presentará una cuenta exacta de sus gastos, pero que no recibiría ni un chelín como sueldo.—(*Life of Gerry.*)

No he descuidado anotar ninguna de las sumas de que pudiera hacerse cargo.—(*Cuenta de Jorge Washington.*)

Declaro no deber, ni haber debido nada á nadie.—(*Testamento del General San Martín.*)

1

Han pasado cien años, y la aurora de la inmortalidad se levanta á la vez sobre una cuna y una tumba, como esos dobles resplandores polares, que en medio de la noche

devuelven al ecuador las luces magnéticas que se condensan en los extremos del mundo y de las edades.

Celebramos hoy el primer centenario del Gran Capitán de la América Meridional, el general José de San Martín, nacido en Yapeyú, muerto en Boulogne-sur-Mer, y glorificado en los tiempos por sus hechos.

Al afirmar en sus sienes la corona de hierro de los libertadores, fundida con los eslabones de la cadena rota por su espada, vamos á tomarle cuentas en presencia de su posteridad, hasta de la última moneda de cobre que pasó por sus manos, para aquilatar así el metal de sus estatuas, y determinar la liga del barro humano y del espíritu etéreo de su naturaleza.

El arte ha modelado ya su figura varonil en el bronce de la gloria póstuma, como la síntesis plástica de su genio heroico.

La geografía ha trazado con líneas profundas ó de relieve, como las cordilleras y los mares, su itinerario continental, marcando sus grandes etapas con naciones independientes que atestiguan su paso.

La historia ha consignado en sus páginas, los grandes hechos del guerrero y del político, que con la pasión de su tiempo y la visión del porvenir, combatió y trabajó por una idea para bien de los vivos y de los increados.

La biografía nos ha dado su retrato, alumbrando las facciones simpáticas del hombre, con la lámpara encendida en los destellos de la vida.

Pero á lo íntimo de su alma no ha penetrado todavía la luz plenaria. Tal sucede en esos templos misteriosos, exhumados de la lava del volcán, de que sólo se conoce el frontispicio, ignorándose su arquitectura interna, allí donde estuvo el altar y donde ardió la llama purificadora de la divinidad.

Los grandes hombres, que como San Martín realizan grandes cosas, no son sino almas apasionadas, que elevan sus pasiones á la potencia del genio para dilatarlo en bien de sus semejantes.

Ellos marcan la intensidad de las pulsaciones de una

época, de las cuales se deduce una ley positiva, reveladora de las fuerzas morales en actividad y de la persecución de las ideas circulantes en la masa humana. Manifestaciones de una vida múltiple, generadores del movimiento fecundo, obran sobre su tiempo como acción eficiente, que se prolonga y perpetúa en los venideros como pensamiento trascendental.

Iluminar con la antorcha de este criterio las profundidades del alma de San Martín, y comprobar aritméticamente la visión interna de una parte del ser moral, he ahí el círculo místico, he aquí el objetivo.

2

¿Quién duda que todo organismo tiene su motor, así en el orden físico como en el orden moral?

Por eso se ha dicho con propiedad, que el genio de un hombre se asemeja á un reloj, que tiene su estructura, y entre sus piezas un gran resorte. Descubrir este resorte, demostrar cómo comunica su movimiento á los demás, repercutiendo en la conciencia; seguir ese movimiento de rueda en rueda, hasta el puntero que señala la hora psicológica, he aquí la teoría de la vida interna del hombre, principio y fin de sus acciones exteriores.

Y así como se ha observado que los pueblos tienen un rasgo principal, del cual todos los demás se derivan y como las partes componentes del pensamiento se deducen de una calidad original, así también en los hombres que condensan las pasiones activas de su época, todos sus rasgos y calidades se derivan y deducen de un sentimiento fundamental, motor de todas sus acciones.

En el general San Martín, el rasgo primordial, la calidad generatriz de que se derivan y deducen las que constituyen su carácter moral, es el genio de la moderación y del desinterés, ya sea que medite, luche, destruya, edifique,

mande, obedezca, abdique, ó se condene al eterno ostracismo y al eterno silencio.

Concibió grandes planes políticos y militares, no para satisfacción de designios personales, sino para multiplicar la fuerza humana.

Organizó ejércitos, no á la sombra de la bandera pretoriana ni del pendón personal de los caudillos, sino bajo las leyes austeras de la disciplina, en nombre de la patria, y para servir á la causa de la comunidad.

Peleó, no por el amor estéril de la gloria militar, sino para hacer triunfar una idea de todos los tiempos.

Fundó repúblicas, no como pedestales de su engrandecimiento, sino para que en ellas viviesen y se perpetuasen hombres libres.

Mandó, no por ambición, sino por necesidad y por deber, y mientras consideró que el poder era en sus manos un instrumento útil para la tarea que el destino le había impuesto.

Fué conquistador y libertador, sin fatigar á los pueblos por él redimidos, con su ambición ó su orgullo.

Administró con pureza el tesoro común, sin ocuparse de su propio bienestar, cuando podía disponer de la fortuna de todos sin que nadie pudiera pedirle cuentas.

Abdicó el mando supremo en medio de la plenitud de su gloria, sin debilidad, sin cansancio y sin enojo, cuando comprendió que su misión había terminado, y que otro podía continuarla con más provecho de la América.

Se condenó deliberadamente al ostracismo y al silencio, no por egoísmo ni cobardía, sino en homenaje á sus principios y en holocausto de su causa.

Sólo dos veces habló de sí mismo en la vida, y esto, pensando en los demás; pasó sus últimos años en la soledad, sin rechazar la calumnia ni desafiar la injusticia, y murió sin quejas cobardes en los labios y sin odios amargos en el corazón.

He ahí el rasgo original, que sus cuentas de gastos pondrán en evidencia bajo un nuevo punto de vista, en presencia de nuevos documentos.

Las cuentas del Gran Capitán de España, Gonzalo de Córdoba, han pasado en proverbio. Los historiadores, así monarquistas como republicanos, han deducido de ellas que la gloria no se tasa, y que los conquistadores no deben ser sometidos á residencia. El pueblo, con su instinto, las ha hecho sinónimo de peculado.

Las cuentas de Wáshington han sido grabadas en acero, cómo un comprobante de que los libertadores deben al pueblo minuciosa cuenta, hasta del último real del tesoro público que administraron y gastaron.

El general San Martín pertenecía á esta austera escuela del deber contemporáneo y de la fiscalización póstuma, y al cabo de cien años, él puede presentarse á su posteridad con su cuenta corriente en regla, pidiendo el finiquito de ella, en vista de lo que recibió, de lo que gastó y de la herencia de gloria que legó á sus hijos.

Y las cifras mudas de esa cuenta se alzarán de la tumba como testigos irrecusables, que declaren en lenguaje matemático, que San Martín no sólo fué un grande hombre, sino principalmente un grande hombre de bien.

Ellas dirán que su educación nada costó á su patria; que el rey quedó debiendo á su padre los sueldos de teniente-gobernador de Misiones; que á la edad de doce años se bastó á sí mismo en tierra extraña; y que su madre, al enviudar, decía de él, que era «el hijo que menos costo le había traído». ¡Hijo barato, como después fué héroe barato, su madre natural como su madre cívica, sólo le dieron de su seno la leche necesaria para nutrir su fibra heroica!

Vino á su patria hombre formado y con una reputación hecha en largos trabajos, costeó su viaje para ofrecer su espada á la revolución americana, y al pisar pobre y desvalido las playas argentinas, traía en su cabeza la fortuna de un mundo.

Ahora van á hablar los números.

San Martín está en la patria, de que se había ausentado en la niñez.

Nombrado en 1812 comandante de granaderos á caballo con ciento cincuenta pesos de sueldo, cedió al Estado la tercera parte de él para los gastos públicos.

General en jefe del ejército del Perú, lo sirvió con el sueldo de coronel ganado en San Lorenzo.

Gobernador de Cuyo en 1814 con tres mil pesos de sueldo, donó la mitad de él mientras durase la guerra con los españoles. Quedábanle ciento veinte y cinco pesos, de los que destinaba una asignación de cincuenta para su esposa, restándole á él setenta y cinco pesos. En marzo del mismo año se dirigió al Gobierno manifestándole, que con tan corta cantidad le era materialmente imposible subsistir, rogando en consecuencia que su donativo se redujera á la tercera parte. El Gobierno accedió á su pedido, y desde entonces gozó de ciento setenta y dos pesos al mes, pudiendo así elevar á ochenta la asignación de su familia y disponer de noventa y dos pesos. Con esto vivió por el espacio de dos años, mientras preparaba la gran campaña de los Andes, según consta de los libros de contabilidad del archivo general.

Para la subsistencia del ejército de Los Andes, se destinaron al principio cinco mil pesos mensuales, que desde agosto de 1816, es decir, cinco meses antes de atravesar la Cordillera, se elevaron á ocho mil pesos. De allí en adelante, este ejército vivió á costa de los pueblos libertados por él.

En el mismo año de 1816, nombrado general en jefe del ejército de Los Andes con seis mil pesos anuales, se continuaron descontando ciento setenta y seis al mes por donativo voluntario, y ochenta por asignación, quedándole disponible únicamente doscientos cincuenta y cuatro para sus gastos militares y personales.

Dueño absoluto de la pequeña renta de la provincia de

Cuyo, se permitía únicamente el lujo de hacerse sospechar de ladrón. Había ordenado que todo peso de plata sellado con las armas españolas le fuese entregado día por día. La orden se cumplía religiosamente, y todos creían que San Martín se apropiaba este dinero. En vísperas de emprender su campaña á Chile, llamó al tesorero, y le preguntó si había llevado cuenta exacta, como era su deber, de las cantidades por él entregadas, y en vista de ella, devolvió al tesoro público en la misma especie las monedas de que era depositario.

5

La escena cambia. El ejército de Los Andes ha atravesado la Cordillera y ha vencido en Chacabuco. San Martín es el libertador de Chile y dueño de todos sus tesoros. El 14 de febrero de 1817 entra triunfante á la capital de Santiago, rehúsa el mando supremo que se le ofrece, y es alojado en el palacio de los obispos, con escasos muebles, y con puertas que no tenían ni cerraduras, como que tenían poco que guardar.

Desde febrero de 1817 hasta agosto del mismo año, invirtió en su palacio, familia militar, obsequios, chasques, servidumbre, mesa, coches, caballos, frailes, monjas, limosnas, ropa, muebles, vajilla, luces, forrajes, combustible, música, lavado, perfumes y flores, la cantidad de tres mil trescientos treinta y siete pesos, seis y un cuartillo reales, ó sean cuatrocientos setenta y seis al mes, según cuenta que llevaba su capellán el P. Juan Antonio Bauzá. De esta cantidad, cuatrocientos sesenta y un pesos con dos y medio reales, fueron oblatos por el Gobierno de Chile; cuatrocientos por la comisaría del ejército de Los Andes, y los dos mil cuatrocientos setenta y dos pesos restantes, de su propio peculio.

La sala tenía sofás, pero no sillas suficientes, y en comprar una docena forradas en raso, gastó cien pesos. La mesa de su despacho cojeaba, y en ponerle dos pies nuevos,

empleó dos pesos y cuatro reales. La del diputado Guido, que vivía con él, no estaba más firme, y en ponerle dos barrotes, se fueron nueve reales.

Por el sermón en acción de gracias por la batalla de Chacabuco, pagó dos onzas de oro al orador sagrado que lo pronunció, y en libros casi otro tanto, lo que suma cuatro onzas de literatura.

En su vajilla de plata (de la cual le robaron dos cucharas), empleó ciento treinta y cuatro pesos, y en cristalería veintinueve.

Al llegar á Santiago, no tenía ropa, y en esto gastó ciento seis pesos y siete reales. En componer su capotón de campaña, once pesos cuatro reales y medio; en forrar en raso su chaqueta, cuatro pesos siete reales y medio, y en adornarla con cinco pieles de nutria, diez reales, á razón de dos reales cada cuerecito. Se hizo un levitón, forrado en sarga, que no le costó menos de veintinueve pesos, y en remiendo de botas se fueron diez y nueve pesos. Hasta la compostura del famoso sombrero falucho, cuya forma típica ha fijado el bronce eterno, figura en esta cuenta por cuatro pesos, importe del hule y del forro de tafetán, incluso el barboquejo. Por último, se dió el lujo de renovar las cintas de su reloj, y en esto empleó la suma... ; de cuatro reales!

Si la lista del guardarropa de Carlos V en Yuste, se ha considerado por el grave historiador Mignet, digna de ocupar á la posteridad, bien merecen ser contados en este día los remiendos del grande hombre, que puede presentarse ante ella con su ropa vieja, ¡pero sin manchas!

Este hombre que remendaba su ropa y su calzado y cosía personalmente los botones de su camisa, notó un día, que su secretario don José Ignacio Zenteno (que después fué general y ministro de Chile) llevaba unos zapatos rotos: inmediatamente ordenó á su capellán le ofreciese un par de botas, que costaron doce pesos. Su escribiente Uriarte estaba casi desnudo, y le mandó dar veinticinco pesos para vestirse.

Se alumbraba con velas de sebo, y en este artículo con-  
ARENGAS 17.—TOMO II

sumió en siete meses el valor de setenta y un pesos, ó sean diez mensuales. El lujo de entonces, en que no se usaban bujías ni se conocía el gas, era la cera, y en cera, pábilo y confección de blandoncillos «para las noches de función» (según expresa la cuenta), se gastaron setenta y seis pesos.

Tenía dos coches prestados, uno grande y otro chico, que en compostura se llevaron treinta y seis pesos, ó sea casi el doble del importe del remiendo de botas.

Tenía dos pianos (prestados también), uno chico y otro grande (como los coches), y en temprarlos, componerlos y ponerles funda de bayeta, gastó no menos de treinta y dos pesos.

En música, incluso la gratificación á pitos y tambores que habían sonado la carga en Chacabuco, el general gastó en todo setenta y cinco pesos. Además, una partida extraordinaria, que está notada en la cuenta del capellán en la forma siguiente: «Por dos pesos que se gratificaron al que tocó la guitarra en una noche que se bailó alegre». ¡Felices tiempos en que las alegrías de sus poderosos no costaban sino dos pesos al tesoro del pueblo, y esto por una sola vez!

En su salón se reunía con frecuencia la sociedad más selecta de Santiago en damas y caballeros, y ha quedado en Chile el recuerdo de las tertulias de San Martín, en que el general rompía el baile con un minué. Algunas noches se jugaba á la malilla y á veces la caja del cuartel general costeaba las pérdidas. En la cuenta del capellán se encuentra esta curiosa anotación: «Por seis pesos que se pasaron á la madama Encalada para que jugase, y no los »ha vuelto». Madama Encalada era la esposa del almirante Blanco Encalada, una de las primeras bellezas de Chile, que rivalizaba con lady Cochrane, esta hermosura británica ante la cual los soldados prorrumpían en aclamaciones de entusiasmo, cuando la veían pasar al galope de su caballo.

Parece que gustaba de perfumes, pues en materiales y confección de pastillas, figura una partida por treinta y un pesos. Al lado de esta partida, se lee lo siguiente:

«Por un real de cascarilla para curar el caballo del señor general». Y más adelante esta otra, que revela su pasión por las flores desde entonces: «Por cinco macetas de mari-moñas y á los peones que las condujeron, seis pesos».

6

Se ha dicho de San Martín, que era sibarita, glotón, borracho, ladrón y avaro.

Su cuenta de gastos nos dirá lo que haya de cierto á este respecto.

En la mesa de su palacio, que presidía el coronel don Tomás Guido, se empleaban diez pesos diarios en comestibles. El comía una sola vez al día, y eso en la cocina, donde elegía dos platos, que despachaba de pie, en soldadesca conversación con su negro cocinero, rociándolos con una copa de vino blanco de su querida Mendoza. Su plato predilecto era el asado, y así como otros convidan á tomar la sopa, él convidaba á tomar el asado.

En una de las conferencias con su cocinero (que era soldado), notó sin duda que á la olla de su cuartel general le faltaba un poco de tocino. En consecuencia, compró un cerdo en siete pesos, gastó once reales en clavos y pimienta, y pagó tres pesos al que lo benefició. A este chanco puede decirse que le llegó su San Martín, y á tal título bien merece pasar á la posteridad, como la gallina que Enrique IV pedía para cada una de las ollas de los habitantes de su reino. ¿Y en qué cocina de nuestra tierra, desde el Plata hasta los Andes, no se pensará en este día, al ver hervir el puchero de la familia, que el fuego del hogar argentino fué encendido por los padres de su independencia, que amasaron el pan de cada día con la levadura del patriotismo y la sal de la educación popular?

Su bebida favorita era el café, que tomaba en mate y con bombilla. En su cuenta figuran doce libras de café crudo, á veinte reales cada una, que con cinco pesos más para tostarlo y molerlo, suma todo veinte pesos. El mis-

mo lo preparaba á las cinco de la mañana, hora en que se levantaba de su catre-cofre de campaña, que con un colchón de cuatro dedos de grueso, apenas levantaba una cuarta del suelo.

En cuanto á licores, su cuenta nos dice, que al instalar su casa militar, compró un barril de vino de Penco en once pesos y gastó dos reales en ponerle una canilla. Meses después, se hace mención de una pipa ó barrica, que sin duda fué regalada, pues no figura en las compras. Al fin se viene en conocimiento que era un barril, según lo revela una partida que se lee á continuación y dice así: «Por nueve reales en seis docenas de corchos para las botellas».

Por lo que respecta al ron, de que se ha dicho que San Martín abusaba, tal artículo no figura sino una vez en su cuenta, y esto por incidente, con motivo de apuntar tres pesos gastados en una cuarterola de aguardiente común. Del general Grant se dijo otro tanto, después de la toma de Vicksburg, y el presidente Lincoln, contestó á los que le acusaban de beodo: «Traedme un poco de ese whiskey que toma Grant, para repartirlo á algunos de los generales de la Unión, que bien les vendrá». ¡Quién nos diera hoy el ron en que San Martín bebía la embriaguez sagrada de la victoria!

La verdad es que el general era de un estómago débil, que apenas podía soportar el alimento; y que guardaba abstinencia por necesidad, usando de los licores con suma moderación. Lo que más bebía era agua mineral, que hacía traer de un paraje inmediato á Santiago, que llaman Apoquindo, abonando «doce reales» al mes al mozo que la conducía.

Su gran vicio era el abuso del opio, que usaba en forma de morfina como medicamentación ordinaria, para calmar sus dolores neurálgicos y reumáticos, á fin de conciliar el sueño. Por eso se ve en su cuenta figurar una partida de treinta y siete pesos para renovar el botiquín.

Su pequeño vicio era el uso del cigarro. En siete meses redujo á cenizas tres mazos de tabaco colorado, dos pe-

sos de tabaco negro y tres de cigarrillos, lo que suma veintitrés pesos cuatro reales, ó sea más de un real y cuartillo diario en humo, para inocente solaz, del que, en Chacabuco y Maipo, envolvió la bandera argentina con el humo inflamado que despidieron sus cañones.

Así como economizaba la pólvora y cuidaba de sus cartuchos, él mismo picaba su tabaco, y la tabla y el cuchillo con que lo hacía se conservan aún como un recuerdo de sus austeras costumbres.

Aquí termina la cuenta del vencedor de Chacabuco, digna de figurar al lado de la de Wáshington, porque son los gastos modestos de un grande hombre en medio de un gran triunfo, que hoy tal vez no satisfarían al vencedor de una guerrilla.

Realza el mérito del héroe argentino, que Wáshington era rico y San Martín pobre; que el primero hizo la guerra en el territorio de su país, y el otro fué un verdadero conquistador; que el uno tenía que rendir cuentas á un Congreso, y San Martín únicamente á sí mismo.

Ambos tenían en su propia conciencia un constante centinela de vista.

7

En el transcurso de estos siete meses que hemos anotado con cifras, hizo San Martín un viaje á Buenos Aires, con el objeto de concertar la expedición á Lima. El gasto más considerable que con tal motivo hizo, creemos que fué una mula de paso para pasar la Cordillera.

El Cabildo de Santiago puso á su disposición la cantidad de diez mil pesos en onzas de oro, rogándole los emplease en gastos de viaje. El general contestó aceptando el regalo, pero destinándolo á la formación de una biblioteca pública en Chile, diciéndole: «La ilustración es la llave que abre las puertas de la abundancia». Y pudo agregar, «la economía de los dineros públicos, la que las asegura».

Fué en aquella ocasión, que el Gobierno argentino decretó una pensión de cincuenta pesos á favor de la hija de